

CUADRANTE



UN HOME DO XIX:

DON RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN BERMÚDEZ

UN HOMBRE DEL XIX:

DON RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN BERMÚDEZ

Nº 1

Amigos
Valle-Inclán

Vilanova de Arousa

CUADRANTE



Revista cultural da
“Asociación Amigos de Valle-Inclán”

Un home do XIX: don Ramón del Valle-Inclán Bermúdez
Un hombre del XIX: don Ramón del Valle-Inclán Bermúdez

 Amigos
Valle-Inclán.

Vilanova de Arousa

CUADRANTE

Director:

Gonzalo Allegue

Consello de Redacción:

Ramón Torrado López

Víctor Viana

Ramón Martínez Paz

José María Leal Bóveda

Francisco Charlín Pérez

Xaquín Núñez Sabarís

Secretaría de Redacción:

Carmen Charlín Pérez

Redacción e Administración:

Casa da Cultura, Vilanova de Arousa.

Apartado de Correos nº 66

Secretario de Administración:

Ángel Varela Señoráns

Ilustracións:

Marcela Santórum (págs. 30, 70, 73)

Eugenio de la Iglesia (Cabeceras de capítulos)

Imprime:

Gráficas Salnés, S.L.

Dep. Legal: PO-4/2000

I.S.B.N.: 84-87709-99-0

Cuadrante non manterá correspondencia sobre orixinais recibidos e non solicitados.

A responsabilidade das opinións verquidas pertence exclusivamente ós autores o mesmo que o respecto á propiedade intelectual, recaíndo sobre eles calquera acción xudicial no caso de producirse plaxio.

SUMARIO:

Presentación.páx. 5

X. L. Axeitos

“Un adverbio moi expresivo”.páx. 7

Gonzalo Allegue:

“¿Quién fue don Ramón del Valle Bermúdez?”.páx. 12

Xosé Manuel Cerviño:

“Notas literario-etnográficas arredor da Arousa de Valle Bermúdez”.pax. 22

Alfonso Mato:

“Relacións entre Manuel Murguía e Ramón del Valle-Inclán Bermúdez”.pax. 29

Xaquín Núñez Sabarís.:

“Os textos de Ramón del Valle Bermúdez. Reseña e análise”.pax. 33

Francisco Charlín Pérez e

Anselmo Menéndez Villalva:

“O ferrocarril compostelano e Ramón del Valle Bermúdez”.pax. 44

Víctor Viana.:

“Valle Bermúdez y el 68”.pax. 58

Xosé Lois Vila Fariña:

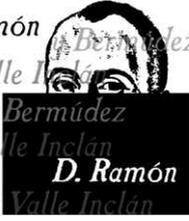
“Valle Bermúdez, político municipal”.pax. 65

Elisardo Barreiro:

“Ramón del Valle”.pax. 71

Antoloxíapax. 73

D. Ramón
del Valle
y Bermúdez
del Valle Inclán
D. Ramón
del Valle Inclán



RAMÓN DEL VALLE

Lisardo Barreiro

Por la emoción que aún mantiene y porque conserva el temblor con el que fue escrito, Cuadrante desea reproducir la necrológica de Lisardo Barreiro a la muerte de su amigo Ramón del Valle. Este sentido artículo fue publicado el 24 de Febrero de 1890 en El Diario de Pontevedra y recogido en el libro Esbozos y siluetas de un viaje por Galicia, publicado en A Coruña, también en 1890.

Galicia, esta hermosa región de las grandes resignaciones, llora la pérdida de otro de sus hijos distinguidos, poeta del delicado, hablista eminente y entusiasta defensor, desde sus mocedades, de los ideales republicanos: Ramón del Valle.

Nació en el año de 1823 y siguió la carrera de marino como piloto contador en un barco de guerra, el guardacostas Atalaya durante mucho tiempo, haciéndose querer de todos por su idoneidad y prendas de carácter.

Como periodista dióse a conocer, allá por los años 64 y 65, redactando La Opinión Pública, famoso semanario que se publicaba en Compostela, desde el cual libró heroicas campañas combatiendo á los conservadores, teniendo por compañeros á algunos que, andando tiempo, llegaron a ser ministros. Por aquel entonces fué cuando Romero Ortíz, amigo íntimo y particular de Valle, ofrecióle con insistencia la Secretaría del Gobierno civil de Sevilla, cuyo puesto se negó a aceptar por amor á las ideas republicanas que sustentaba.

Era Académico correspondiente de la Historia, tenía los honores de Jefe superior de administración y una encomienda de Isabel la Católica; y si alguna vez esas distinciones honran, por merecidas, al que las cuenta, bien puede decirse que Valle era acreedor, por sus relevantes talentos y su exagerada modestia, á los honoríficos cargos, que sólo al verdadero mérito deben adjudicarse.

Durante su permanencia entre los suyos, allá en un encantado rincón gallego, Vilanova, puertecillo de la espléndida ría de Arosa, dedicóse Valle a cultivar la gaya ciencia, de la cual fue mantenedor inspirado; y en el primer certamen literario que se celebró en Santiago, obtuvo premio por una composición *A la ría de Arosa*, en romance, saturada de dulzura, llena de imágenes brillantes y rica en descripciones felicísimas, en competencia con otros trabajos poéticos que sólo mererrecieron accésit.

Fundó el primer periódico que inició una saludable reacción de progreso

en la comarca villagarciana, titulado La Voz de Arosa, en el cual periódico demostró colmadamente sus envidiables dotes de escritor eximio y polemista ingenioso y temido por lo intencionado de la frase que trajeaba con artificios de filigranada dicción. También colaboró en la revista ilustrada, de feliz memoria, *La Ilustración Gallega y Asturiana*, donde las hábiles plumas de Vicenti, el inolvidable Camilo Placer, y otros notables literatos y artistas, dejaron luminosas estelas de su saber y de su numen.

Era Valle de organización endeble y enfermiza y de temperamento esencialmente nervioso. Tuvo ascendientes de noble estirpe gallega y fué heredero de una pingüe fortuna.

En una mañana triste, de ambiente frío y pegajoso, del mes de Noviembre del 88, vi por última vez á Valle en Madrid.

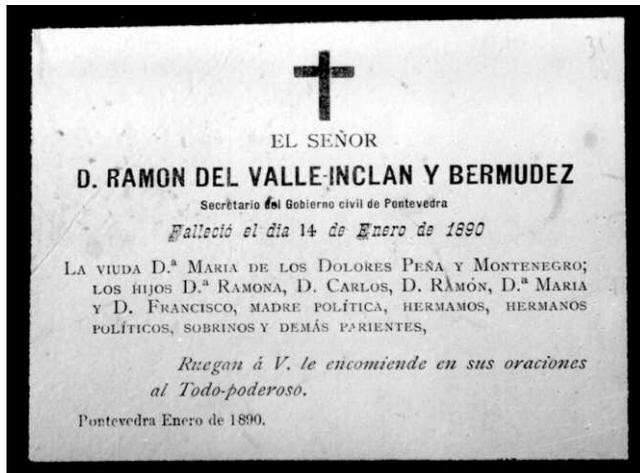
Halléle tiritando de frío al calor de una estufa traidora donde cosechó su primera pulmonía. Alborozábase de

gozo á la presencia del coterráneo amigo para charlar sobre cosas de la tierra gallega, á la cul amaba con delirio, y el tiempo de mi visita empleámoslo en recordar nuestros valles natales, nuestras rías tranquilas y azules, nuestro clima salútfero y templado...

—Me voy —le dije— á Galicia; ¿Quiere V. venir? Suspiró, y echándome sus manos delicadas sobre mis hombros, repuso tristemente:

—¡Ay, querido amigo, creo que no iré más allá...!

Volver, volvió á su pequeña patria, pero retornaba herido de muerte, y aunque los airs purísimos de las montañas y riberas galaicas dieron nuevo hábito de vida a sus pulmones enfermos, fué por breve lapso; y Valle, víctima de la grippe, fué a exhalar su último aliento a la hermosa ciudad del Lerez. Galicia ha perdido con él uno de sus cantores afortunados, la libertad un hombre que sentía por ella santos amores en lo más hondo de su alma, y nosotros un leal y cariñoso amigo.



Cortesía de la familia Valle-Inclán



Sauloim Alstone.

ANTOLOGÍA DE TEXTOS
DE
RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN BERMÚDEZ

Amena estancia,
Trono da vecefante primavera,
Quem te não ama? Quem, se em teu regaço
Uma hora da vida lhe ha corrido,
Essa hora esquecerá?
ALMEIRA GARRET (Camões)

A LA RÍA DE AROSA

En las alas de los céfiros
Venid, memorias dulcísimas,
Espíritus en que viven
Glorias del alma perdidas,
Y transportadme en ensueños
A las riberas tranquilas
Que besan las mansas olas
De la reina de las rias.
Ela allí, junto á la costa
Que azota la mar bravía,
Lago de azuladas ondas
Entre márgenes floridas.
Su dulce y tranquila calma
Nunca la tormenta agita,
Lánguidamente sus alas
Mueve el soplo de la brisa;
Que estrellándose impotente,
De Sálvora en las restingas,
El furor del oceano
En espumas se disipa.
Su ambiente inundan las auras
De perfumes y armonías,
Y sobre sus aguas flotan
Flores que brota la orilla.
Playas de oro y de esmeralda
Festonean sus floridas
Espaciosas ensenadas,
Y sus profundas bahías.
Cercan su cuenca anchura;
Formando ondeadas líneas,
De un lado la verde falda
De Barbanza y sus colinas,
Del vario matiz cubiertas
De bosques, prados y viñas,
Del otro el valle que el Umia
Con sus aguas fertiliza.
Salve, region deliciosa,
En cuyas márgenes lindas
Tantas venturas se sueñan,
Tantas penas se mitigan.
¡Cuántas veces recorriendo
Al primer albor del día
La ribera silenciosa,
Cubierta de campanillas
Y de lirios olorosos,
De angustia el alma oprimida,
En un mundo de quimeras
Tu contemplacion sumia!
En su vaporoso manto,
La húmeda niebla envolvía
De la elevada Curota
La aguda, escarpada cima.
Sobre las ceruleas aguas,
En vagas y suaves tintas,
Plácida se reflejaba
La naciente luz del día.
Saliendo del caos de sombra
El mar, las costas, las islas,
En mágico panorama

Se ostenta la hermosa ria,
Y ante su encanto, la mente
Absorta y embebecida,
A la región de los sueños
Vuela en abstracciones místicas.
Sotos de amena verdura,
Bajo sus sombras, cobijan
Pintorescas poblaciones
Sobre la playa tendidas.
En término mas lejano,
Coronando ambas orillas,
Pueblan risueñas aldeas
Valles, laderas, colinas.
En medio, el mar, que lasauras
Levisísimamente rizan
Y en férvil arrullo mecen
Multitud de navecillas.
Enmedio del mar Arosa,
Entre florestas umbrias
Mostrando sus blancas casas
Como palomas dormidas.
Y allá en frente, el Ulla undoso,
Que el tributo de sus linfas
Con los lirios de sus márgenes
Viene á traer á la ria.
Surcando aquel mar de plata,
En direcciones distintas
Cruzan las pequeñas naves,
Ora en popa, ora en bolina.
Con la vela cuadrilonga
Al largo mástil ceñida,
Las que han cogido sus redes
Hacia los puertos caminan.
En pos de ellas los delfines
En tumbos se precipitan
Y bandadas de gabiotas
En raudos círculos giran
Tal vez algun marinero,
Sentado sobre la tilla.
Melancolicos sonidos
Arranca la bocina.
Que á despertar van los ecos
De las riberas vecinas
En donde ansiosas le esperan
Del alma prendas queridas.
La animación á los puertos
Vuelve con la luz del día
Y á sus faenas las gentes
Van acudiendo solícitas.
Allí una lancha carenan,
Allá una vela relingan,
Ya en las destrozadas redes
Reparan las averías.
¡Cuán variados accidentes
El encanto solemnizan
Del espléndido paisaje
Que se estiende ante la vista!
Ora la ria, una arenada
Formidable de la altiva

Soberana de los mares,
Surca imponente y magnífica.
Ya de un templo venerandas
Las abandonadas ruinas
En su ascension la marea
Acude á besar sumisa.
Allá el argentado río
Del monte se precipita
En espumosas cascadas
De sonora melodía.
Mas allá tienden en círculo
Una red junto á la orilla
Con la que arrastran la pesca
Desde la ribera misma.
Las peñas que el mar circunda
Cubiertas de aves marinas,
La cruz alzada en la roca
De la solitaria orilla.
El arroyo que á su planta
Murmurando se desliza
Entre gallardos gladiolos
Que su curso determinan...
¡Qué encanto, risueña Arosa,
En torno de tí respira,
Que la vida á tu recuerdo
Vá en místico lazo unida!
Quien alguna vez sentado
En tus rocas denegridas,
Vió disiparse en tu seno
El pesar que le oprimía
Contemplando del celaje
Las melancólicas tintas
Que en el lejano horizonte
Se ven al morir el día;
Escuchando entre las sombras
Lánguidas, vagas, sentidas,
Como el canto de las hadas
Misteriosas armonías;
Aspirando en el aliento
De tus auras fugitivas
El aroma de las flores
Que matizan tus campiñas.
Guardará siempre en el alma
Esas memorias dulcísimas
Mientras agiten su pecho
Los latidos de la vida.
Ya se que de tí no son
Mis pobres canciones dignas;
Perdona si osé cantarte
Al son de mi tosca lira.
¡Ay!, el suspiro que arranca
Tu memoria al alma mia,
Es cuanto puedo enviarte
En las alas de la brisa.

RAMÓN DEL VALLE.
Villanueva de Arosa, 8 de Julio de 1875

CUADRO DE COSTUMBRES MARINERAS

De todas las comarcas de Galicia, ninguna hay tan pintoresca como el bello pais situado en su costa meridional, conocido por las rias bajas, de las cuales es, por sus numerosos y abrigados puertos y por su excelente y abundante pesca.

El que una vez ha visitado aquellas risueñas playas y ha contemplado aquel mar tan tranquilo, tan terso, tan azul, surcado por millares de embarcaciones, coronado de vistosas islas, y ha visto sus hermosas ensenadas, la multitud de pueblecitos que se estienden por sus pintorescas orillas circundadas de montes cubiertos de pinos, no puede menos de guardar un dulcísimo recuerdo de tan encantadores sitios.

Para el que ha visto allí su primera luz, si las contrariedades de la vida le tienen apartado en otras regiones, al guardar en el pecho como en un sagrario su memoria, no cesará de enviarle sus votos y sus pensamientos.

Y sin embargo, este pais tan bello y tan favorecido de la Providencia, está en el estado mas deplorable de pobreza por el culpable abandono de los hombres.

Parece imposible que en un suelo tan hemozo haya tantos seres que no son felices.

Ante el aspecto risueño de la naturaleza, cuesta trabajo creer que allí corran lágrimas que nadie enjuga, que haya infortunios que á nadie interesan, miserias que nadie remedia y penas que nadie consuela; pero es así. ¿Puede acaso ser el hombre mas desdichado, que cuando, para procurarse la subsistencia de sus hijos, tiene que arriesgar con frecuencia la vida?

Basta decir que son pescadores la mayor parte de los naturales de aquel litoral, y ya es sabido que cuando estos infelices llevan á su boca un pedazo de pan ha sido amasado con las lágrimas de todos los dolores. Y no se crea que estos hombres por estar acostumbrados á la soledad del mar, donde pasan la mayor parte de su vida, y endurecidos en los peligros con que tienen que luchar continuamente, sean desarreglados en sus costumbres y poco sensibles á los tiernos afectos de la familia: seria un error y una injusticia creerlo así.

El que hubiese vivido algún tiempo en aquellos olvidados pueblos, pudo haber presenciado mas de una vez escenas como la que vamos á describir.

Es una tarde del mes de Agosto. El Sol, al ocultarse tras las ásperas cumbres de la cordillera del Barbanza, iluminó todavia con sus postreros rayos las riberas de la costa oriental de la ria de Arosa. Nada hay comparable al encanto que se siente en aquella hora apacible ante el aspecto que presenta la ria mirada desde la hermosa ensenada de la Puebla.

A medida que se aproxima la noche, la playa va quedando desierta, percibiéndose tan solo, confundido con el rumor del oleage, el ruido acompasado que hacen al caer en el agua los remos de las embarcaciones pescadoras que se dirigen al puerto. Cuando este ruido se oye mas cercano, vense aparecer por diferentes puntos de la playa algunas mugeres que, con sus hijos en brazos y seguidas de los que no lo son tan pequeños, van á esperar sentadas en la ribera la llegada de los pescadores, llevando cada una un pequeño cesto para recojer la pesca.

Una de aquellas mugeres, con su hijo en brazos, saliéndose del grupo de sus compañeras, se acerca alegremente á la orilla á donde se aproxima en aquel momento una *dorna* dirigida por un solo marinero. En cuanto este hubo reconocido á la que lo esperaba, la llama por su nombre, haciéndola mil preguntas que revelan el interés mas delicado, entablándose desde aquel momento, de la dorna á la ribera, un diálogo interesante, con ese acento cariñoso con que se habla en casi todos los puertos de las rias bajas el dialecto gallego.

La quilla de la dorna toca por fin en la arena, y aquel toscó marinero, tostado por el soplo de las tempestades, echándose al agua, despues de haber amarrado su pequeña barquiña, corre á abrazar á sus hijos con la efusión del cariño mas entrañable.

Si en aquel momento el tañido de las campanas del templo inmediato viene á recordarle la oración de la tarde, descubriendo su cabeza encanecida, sino por los años, por los azares de su penosa vida, teniendo en brazos á su hijo y vuelta la cara al mar, dirige sus ojos al cielo á donde eleva su pensamiento y su oracion.

Terminada esta escena, que mas de una vez ha iluminado con su luz la luna, se retiran aquellas gentes sencillas á sus hogares.

La playa ha quedado desierta. Ya no se ven otros objetos que las embarcaciones que coronan la orilla del mar, cuyas sombras se destacan á lo largo de la ribera como fantasmas acompañado de tiempo en tiempo por el monótono graznido de las aves marinas; y solo alguna vez suele juntarse á estos acentos de soledad la voz argentina de una pescadora que, sentada sobre la arena, esperando la llegada de su amado, canta con tono melancólico:

Vente ventiño do mar
Vente ventiño mareiro,
Non me fagas esperar
Traeme ó meu mariñeiro.

RAMÓN VALLE
Publicado no 1866.

Almanaque de Galicia para uso de la juventud elegante y de buen tono, dedicado á todas las bellas hijas del pais.
Año Tercero, Lugo, Imprenta de Soto Freire, editor, 1865 Px. 54-55.

El Castillo de Lobeira.

I.

Todo desapareció; cambió la suerte
voces alegres en silencio mudo;
mas aún el tiempo da en estos despojos
espectáculos fieros a los ojos;
y miran tan confusos lo presente,
que voces de dolor el alma siente.

RODRIGO CARO (A las ruinas de itálica.)

Dominando la tierra Saliniense, entre el Umia y la ría de Arosa, por una parte, y casi á igual distancia, por la otra, de las torres de Oeste y la Lanzada, se descubrian desde muy lejos no hace muchos años todavía, las ruinas del antiguo castro Lupário.

A mucha distancia de nuestra memoria los recuerdos de las primeras visitas que hicimos á estas ruinas, la confusion en que acuden á nuestra mente al evocarlos, no nos permite hacer de ellas una descripcion tan detallada como quisiéramos.

Lo único que ya entonces podía dar idea de esta fortaleza era la torre, que ocupaba toda la superficie del picacho sobre que fuera levantada.

Sus paredes, de desmesurado espesor, daban frente á los cuatro vientos y con almenas, y atalayas en los vértices, conservaban en algunos sitios toda su altura. El monte parecia haber sido cortado con el propósito de dificultar su acceso en las tres cuartas partes de su circuito, y solo era accesible por un sitio en que quedaba una pendiente tan suave como convenia para subir cómodamente hasta el castillo, no solo á pié sino tambien á caballo.

La entrada al interior de la torre por lo que hubimos de penetrar á gatas, pues no habia otro medio sin escalar el muro, constituíala una abertura, algo ampliada, entre dos grandes rocas sobrepuestas, de las cuales la superior servia de base á la pared meridional.

No es de creer que no tuviese otra entrada la que fué residencia de una reina y habitaron en diferentes tiempos personajes ilustres; pero esta pudo ser la que dió nombre al castillo.

Descartada la fábula que atribuye su fundacion á una princesa llamada Lupa, la opinion de que el nombre de Lobeira lo tomó de haber sido aquel sitio guarida de lobos, como quiere alguno, no nos parece

admisible, si se atiende á las condiciones del monte, su corta estension y su proximidad á las poblaciones que lo rodean y que ya existian en los mas remotos tiempos históricos. Esto sentado, sabido es que antiguamente se llamaba *lobera* á cualquier portillo por donde se entraba con dificultad.

La entrada principal de la torre estaba á alguna altura en la pared meridional y hubo de ser, probablemente, una puerta interior que comunicase con otro cuerpo del edificio. Así nos lo hizo sospechar al menos, la parte inferior de un vano que subsistia como á unos tres metros de altura en la pared indicada y los vestigios de muros que por aquella parte se conservaban y verosimilmente habian formado parte del cuerpo del edificio á que arriba nos referimos.

Dentro de la torre no recordamos que hubiese otra cosa digna de llamar la atencion mas que el depósito para la provision de aguas, formado de piedras enmbetunadas, y los restos de una escalera en el interior de una de las paredes que terminaba en una especie de subterráneo cegado á los pocos pasos de su entrada.

La historia no esparce ninguna luz sobre las tinieblas que envuelven el origen de este castillo.

Si nos fuera permitido exponer una opinion que no pueda invocar otra autoridad mas que algunos confusos recuerdos, diriamos que su construccion, dado que no fuese anterior, no pudo ser posterior á la dominacion romana de cuyas huellas conservo hasta nuestros dias evidentes vestigios.

A principios del siglo XII es cuando por primera vez lo vemos figurar en la historia representando un importante papel en las revueltas suscitadas por los nobles gallegos en la menor edad de Alfonso VII.

Era propiedad entonces de la corona y parece haber sido la residencia favorita de D^o Urraca en Galicia. Por lo menos consta de un modo indudable que cuando, despues de la muerte de su padre, se vió precisada á residir en Leon, siempre que venia á Galicia y era tan frecuentemente que algunos años hizo dos veces este viaje, el castillo de Lobeira era morada de su predileccion. Y no puede parecer extraña esta preferencia si se advierte que desde aquella altura el espiritu se arroba en la contemplacion de uno de los mas espléndidos panoramas del mundo.

Pedro Arias, el noble gallego mas turbulento de su época se apoderó de esta fortaleza, no sabemos como. Probablemente empleando la traicion ó la felonía, por que no era sugeto que se parase en la eleccion de los medios para conseguir el fin que se

proponía, ni se preocupase con el modo de cohonestarlo tampoco

Allí, después de la traición llevada á cabo en Castrelo do Miño por el mismo, ó por su hijo Arias Perez, que eran tal para cual, tuvo preso ó secuestrado como decimos hoy cuando semejantes procedimientos se emplean, al prelado compostelano D. Diego Gelmírez, que hubo de ofrecer como reenes en tanto no hacia entrega de los castillos del Oeste y la Lanzada que le exigió en rescate, á sus tres hermanos, Munio, Pedro y Juan dejando en lugar de estos hasta que se presentasen a tres canónigos que le acompañaban.

Volvió a recuperar su castillo doña Urraca al año siguiente y en él intentó renovar la traición de Pedro Arias apoderándose del mismo prelado, con el santo fin de mejorar su situación económica con el rescate que se proponía exigirle; intento que no pudo lograr por que el conde de Traba, a quien se lo comunicara, lo reveló á don Diego que no se descuidó en ponerse a salvo.

Intentó mas tarde la conquista del castillo Fernan Perez de Traba, Alférez Mayor del Obispo, habiéndose visto, no obstante su acreditada bravura, obligado á levantar el sitio por la tenacidad con que defendió la fortaleza su alcaide Nuño Pelaez.

Por entonces hubieron de tener principio los amores de este caudillo con la hermosa infanta (1) fundadora de la monarquía portuguesa, cuya memoria hizo tan interesante la delicada pluma del insigne historiador Herculano.

El castillo de Lobeira ofrecido por su jurisdicción á don Diego Gelmírez, fué el cebo con que doña Urraca intentó atraerlo á su partido separándolo del de su hijo el infante Alfonso Ramon. Con todo eso, permaneció en el dominio de la corona todavía algunos años. En el que murió esta princesa (1126) estaba en poder del revoltoso Arias Perez y conquistado entonces por las fuerzas del Arzobispo formó parte de los dominios de la mitra.

Posteriormente pasó a otros dueños por mercedes que hacían los prelados de sus hermanos, sobrinos y parientes; desmembrando las rentas y jurisdicciones de la mitra; por este medio poseyeron este castillo en los siglos XIV y XV, entre otros señores Diego Alvarez Mariño, Esteban de Lobeira, Payo Mariño de Lobeira, Rui Soga de Lobeira, Payo Gomez de Sotomayor, etc, lo que ocasionó innumerables disturbios en el país.

(1) Rostro de angel la llama Herculano.

¡Cuántas veces en estas guerras generalmente provocadas por las instigaciones de la venganza ó la rapiña, fueron ensangrentadas las risueñas llanuras del aménisimo valle de Salnes! Que en los disturbios suscitados entre los señores de aquellos tiempos influidos raras veces por móviles elevados y casi siempre por pasiones bastardas y ruines solían confundir el noble ministerio de las armas con el ejercicio del salteador.

A mediados del siglo XV, por cesión que le hiciera el Arzobispo Don Lope de Mendoza lo poseyó su sobrino Lopo Perez de Mendoza, quien, no habiendo tenido hijos de su matrimonio con doña Urraca de Moscoso, legó el estado de Lobeira á su primo Suero Gomez de Sotomayor.(1)

Este Suero Gomez, conocido por el Mariscal, tuvo reñidísimas contiendas con don Alfonso II de Fonseca y consecuencia de ellas fué el cautiverio que sufrió en la torre de este castillo, víctima inocente de una venganza implacable, una dama joven y hermosa cuyo infortunio ennegreció la memoria de su sombría prision.

RAMON DEL VALLE

(1) Por su testamento otorgado en 3 de Octubre por ante don Jacome Gonzalez.

El Castilo de Lobeira.

(Conclusion)

II

Oyendo misa una mañana ante el altar del Apostol, el Mariscal Suero Gomez de Sotomayor y su hijo Iban, se vieron de pronto sorprendidos por unos cuantos sayones que de orden del prelado los aprisionaron y sepultaron en una mazmorra, donde fueron tratados con crueldad extremada hasta el punto de tenerlos á pan y agua los primeros cuarenta dias de su prision.

Por este medio se proponía el prelado reivindicar algunos bienes que fueran de la Mitra y consideraba dentados por el Mariscal.

Era este de caracter harto inflexible para ceder así ni ápice de su derecho.

Muy cerca de tres años llevaban los prisioneros en su encierro cuando un día inesperado le abrieron las puertas las turbas populares enseñoreadas de la ciudad.

La cantidad de odio que allí habria acumulado el alma altiva y rencorosa del Mariscal era incalculable. Jurando tomar una venganza proporcionada á su resentimiento, partió para sus estados de Lantaños donde esperó impaciente la ocasion tan anhelada, que su estrella le deparó mas pronto del que el imaginara.

El Arzobispo cuya dominante altanería se hiciera insoportable á la soberbia de los nobles, muchos de los cuales haciendo causa comun con el elemento popular le dieran sérios disgustos; se propuso reforzar su influencia con alianzas poderosas, á cuyo fin habia concertado el enlace de su hermana D^a Aldara ó Yldaura con el conde de Altamira Lope Sanchez de Moscoso.

No faltó quien diese oportuna noticia de este proyecto al Mariscal, asi como de haber salido un mensajero para Salamanca donde se hallaba la dama con encargo de participarle lo acordado y acompañarla hasta Santiago.

La novia, con una comitiva correspondiente á su clase, habia llegado a Pontevedra. Tomó el Mariscal cautelosamente todas las precauciones que creyó necesarias y encomendando al alcaide de Lobeira, hombre de toda su confianza, la empresa de apoderarse de la dama, esta fué encerrada en la torre del referido castillo.

Arrebatada á las mas íntimas afecciones del alma cuando mas parecia sonreírle la fortuna, privada de la libertad en tierra extraña, sola, sin amigo, sin amparo, expuesta al mayor de los peligros que puede temer una doncella...inmenso hubo de ser su desconsuelo.

¿Cual fué suerte final? He ahí lo que no podemos decir con absoluta seguridad de certidumbre. Las noticias de donde hemos tomado el anterior relato, solo refieren que duró veintidos meses la prision de esta dama.

La imaginacion popular poetizando la historia, rodeó de ficciones mas o menos interesantes la memoria de D^a Yldaura de Fonseca.

Segun la tradicion cuenta fué en su misma prision, donde solo entraba una doncella que le servia, objeto de una pasión profunda que, interesando primero su gratitud, acabó por conquistar su ternura. La persona que con delicadas atenciones habia sabido inspirarlas, así como su nombre y calidad fueron siempre un misterio para ella.

Una tarde en que contemplaba como los últimos resplandores del horizonte, tristes imágenes de sus esperanzas, se extinguían tras las empujadas cumbres de Barbanza, llamó su atención un objeto que habiendo entrado por una ventana caía casi á sus pies. Era una saeta á la cual iba sujeto un papel. El contenido, lacónico y respetuoso, se reducía á tranquilizar á la prisionera con la seguridad de que ningún peligro corría, pues habia quien velaba por su honor y su vida dentro del mismo castillo.

Del mismo modo recibió algunos billetes en el transcurso de varios meses, ya para hacerle alguna advertencia interesante ya para alentar sus esperanzas; pero revelando últimamente, aunque de un modo vago y en extremo delicado, el sentimiento que inspiraba estos cuidados.

Por este medio supo un día que el Arzobispo habiendo conseguido averiguar cual era el sitio que servia de prision á su hermana y de acuerdo con el de Altamira habia resuelto libertarla á todo trance; para lo que disponian de fuerzas numerosas y agueridas que de un día á otro irían á poner cerco al castillo, pero que el Mariscal conocedor de estos proyectos tenia la intención de desbaratarlos de un modo cruel. Concluía este aviso con la misma tranquilizadora protesta de otras veces: "vivid tranquila, pues hay quien vela por vos".

La noticia no tenia nada de tranquilizadora para un espíritu justamente alarmado, por mucha confianza que inspirase el incógnito mensajero que la daba.

La naturaleza habia recobrado sus derechos y la infortunada dama ya deseaba conservar una vida que en momentos de desesperacion aborreciera.

Un noche que acompañada de su doncella oraba fervorosamente postrada ante un crucifijo, creyó oír confusamente un ruido lejano que la sobresaltó. Deseando conocer la causa subió á la terraza desde donde se descubre todo el valle, á tiempo que con paso incierto entra en la torre el Alcaide y desenvainando la daga se detiene un momento en la oscuridad y pronuncia el nombre de Yldaura. A esta voz iluminase de pronto la estancia, se oye un grito de dolor y cae al suelo desmayada la doncella de la prisionera. Un guerrero completamente armado y calada la visera, llevando en una mano la espada y en la otra una antorcha, habia penetrado en la estancia por un hueco que se abriera en la pared. Adelantándose resueltamente se interpone entre la que creía víctima y el asesino y arrojando al suelo la antorcha dice con voz imperiosa: "defiendete miserable".

No se hizo repetir el aludido la intimacion y

sombrio como la muerte acometió decidido á su inesperado adversario.

La lucha solo duró breves momentos. Uno de los combatientes retrocede un paso, vacila y cae desplomado.

El Alcaide habia recibido una herida en medio del corazon.

Envainar la espada el desconocido, coger en brazos á la desmayada y desaparecer en el hueco de la pared por donde entrara, fue obra de un instante.

La llama de la antorcha prendiendo en la alfombra se habia propagado por todo el edificio.

A la mañana siguiente no quedaban de la torre mas que las paredes escuetas y calcinadas y entre las cenizas algunos cadáveres de los que pudo identificarse por la armadura que lo encerraba el de Iban de Sotomayor.

III

Han pasado los años mejores de nuestra existencia desde que hicimos la primera ascension a Lobeira y cuando para trazar estos renglones hubimos de emprender al mismo sitio una nueva excursion, invadió nuestro espíritu la tristeza de la soledad. La contemplacion de aquellos parajes que en días risueños habian poblado nuestra imaginacion de fantásticos ensueños avivando el recuerdo de romancescas lecturas en la memoria, produjo en nuestro ánimo la impresión que sentiria ante una tumba abierta cuyas cenizas queridas hubiesen sido por una mano sacrílega aventadas.

Atalayas, almenas, muros, todo habia desaparecido. De lo que constituyó el legendario castillo de Lobeira nada queda ya sobre la cumbre que durante tantos siglos le sirvió de asiento.

Sin la Historia Compostelana y algunas noticias conservadas en archivos particulares, seria licito dudar del relato que acabamos de hacer.

De aquella mole sombría cuyos macizos muros parecian desafiar á los siglos, ni los escombros quedaron salpicando la campiña. La mano del hombre, mas despiadada que la del tiempo, verificó en pocos años esta trasformacion.

Los muros fueron poco á poco demolidos y los sillares arrojados desde lo alto a la llanura y trasportados á las aldeas inmediatas, forman hoy parte de las modernas construcciones. Los descendientes de los antiguos siervos levantando sus rústicas viviendas con los restos de la soberbia morada feudal de los altivos opresores de la comarca, han dado inconscientemente, el mas claro testimonio de lo que hay

de vano y perecedero en las humanas grandezas.

¿Habrá en esto algo de providencial?

¡Oh, cuanto aprenderian los poderosos de la tierra si fuese posible sondear los arcanos de la Providencia!

Acatemos sus inescrutables designios; pero sean permitidos lamentar que en nuestra época se consientan atentados que tan triste idea dan de nuestra cultura.

Nada, en verdad, tenian de venerandas aquellas ruinas, si se atiende á que en la escarpada cima donde tuvo su asiento el castillo semejando un nido de buitres, parece haber sido la rapacidad de estas aves el símbolo de su cruento destino.

Empero el respeto que en todas partes se tributa á las memorias de lo pasado debieran aconsejar la conservacion de un monumento depositario de tantos recuerdos ya que no la recomendase el interes egoista de los pueblos comarcanos.

Pronto el olvido asentará su trono en aquellas devastadas soledades y al batir de sus alas, huirán las sombras que aun vagan errantes por aquellos contornos y se extinguirán esos rumores sin nombre que vagos, inciertos, misteriosos, confundidos con el postrer suspiro de la tarde, parecen ecos lejanos de acentos perdidos en el seno de la eternidad.

RAMON DEL VALLE

Pontevedra 1886

A LA BATALLA DE VICÁLVARO.



Ven á mis manos ven, arpa enlutada
en que con llanto un día
canté, juguete de la suerte airada,
de mis pesares la amargura impía.

El fúnebre crespón por un momento
depon sobre esa tumba.....
y esta vez grata tu acordado acento
une á ese grito que en los aires zumba.

La campana al grito? mágico grito:
en el confin del mundo
resonó, y de los antros del precito
tembló la tiranía en lo profundo.

Una turba de réprobos malvada
para rasgar su manto,
fuera en las iras de Satan lanzada
de las negras regiones del espanto.

De augustas sombras irritó los manes
el suelo en sangre tinto
y desgarrada por feroces canes
fué la heroica nación de Cárlos quinto.

Oh patria mía, no cesé mi lengua
quien concite tu ira,
pero aun ahora al recordar tu mengua
siento estallar las cuerdas de mi lira.

Pasad, pasad veloces por mi mente
memorias ¡ay! de duelo,
ya el cetro inmuerto de esa espúria gente
yace en pedazos escombrando el suelo.

Pasó ya..... De Vicálvaro en los llanos
acampó sus corceles
un paladín; y tropa de villanos
intentó disputarle los laureles.

Venid, dijo á los suyos el guerrero
yo os abriré el camino:
la SANTA LIBERTAD me dió su acero....
Blandió su diestra y conjuró al destino.

Dijo y acometió; de sus leones
á los roncós rugidos,
huyeron los contrarios escuadrones
con pánico terror desoaxoridos.

Saluda ¡oh patria mía, á tus valientes.
Auras de la mañana,
en vuestras alas de ignoradas gentes
llevad su gloria á la region lejana.

Salvo á ti LIBERTAD: ya en mi tristura
solo á tu nombre santo,
condenado al dolor y la amargura,
me será dulce consagrar mi canto.

R. del Valle





